

PLAYA PARAÍSO

PLAYA PARAÍSO

Gustavo Marcovich



*F*ICTICIA
EDITORIAL

MÉXICO 2020

Marcovich, Gustavo, autor.

Playa Paraíso / por Gustavo Marcovich.

Primera edición. | México : Universidad Nacional Autónoma de México,

Dirección

General de Publicaciones y Fomento Editorial : Ficticia Editorial, 2020. |

Serie:

Biblioteca de cuento contemporáneo ; no. 66.

LIBRUNAM 2091843 | ISBN 978-607-521-131-2 (Ficticia Editorial) | ISBN

978-607-30-4002-0 (UNAM).

LCC PQ7298.423.A73.P53 2020 | DDC 861.7—dc23

PLAYA PARAÍSO

Primera edición: 7 de noviembre de 2020

D.R.© 2020, Gustavo Marcovich Padlog

D.R.© 2020, Luis Lucacci por la fotografía del autor

D.R.© 2020, Ficticia S. de R.L. de C.V. Por características tipográficas y diseño.

Magnolia 11, col. San Ángel Inn, c. p. 01060, Ciudad de México

www.ficticia.com

ficticiaeditorial@ficticia.com

D.R.© 2020, Universidad Nacional Autónoma de México

Ciudad Universitaria, alcaldía Coyoacán,

c. p. 04510, Ciudad de México

Coordinación de Difusión Cultural

Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial

www.libros.unam.mx

ISBN FICTICIA EDITORIAL: 978-607-521-131-2

ISBN UNAM: 978-607-30-4002-0

La participación de la UNAM en esta coedición se realiza en el marco del Programa de Impulso a Creadores y Agentes Culturales 2020 de la Coordinación de Difusión Cultural.

Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio sin autorización escrita de los editores.

Impreso y hecho en México

No soy lo bastante joven para saberlo todo.

James M. Barrie, *Peter Pan*

—¿Escapar? ¿Y hacia dónde? —preguntó Yáñez con voz tranquila—. Tenemos el fuego delante y detrás, y aunque rompamos la cadena, no por eso mejorará la situación.

—¿Nos dejaremos freír entonces, señor Yáñez?

—¡Todavía no nos han guisado! —respondió el portugués con su maravillosa flema—. ¡Los tigres de Mompracem son chuletas un poco duras!
Emilio Salgari, *Sandokán*

*La mayor fuerza de la juventud es la ignorancia;
la de la madurez, el olvido. Entre ambas está la vida.*

Max Aub

*La verdad no triunfa jamás,
pero sus adversarios acaban por morir.*

Max Planck

DÍA 1

MAÑANA

Llegamos a Paraíso. Alguien nos la recomendó; que esa playa era la neta. Así, sin más. Digamos que debíamos escapar de la ciudad y de nosotros. De lo primero fue fácil; de lo segundo, aún no lo logramos. Éramos un caos en ciernes y el viaje respondía a una necesidad interna que no entendíamos ni tratábamos de hacerlo.

El viaje fue, digamos, una travesía de olores. Abandonamos por la noche el hedor apocalíptico del Distrito Federal en un camión hacia Acapulco, en donde nos llenamos de aromas de pescado y, desde ahí, otro autobús que pasara por San Jerónimo. Ahí bajamos al calor y la fragancia de un pueblo que bordeaba la carretera. Un caluroso guajolotero, con sus perfumes, nos trasladó a la playa en cosa de media hora o algo así. No fue todo, para alcanzar la arena tuvimos que trasladarnos en una lancha que nos cruzó el estero, algo fétido, en otros diez minutos. Ahora sí, frente al océano y a una decena de metros del agua salada y alborotada, las esencias de la felicidad penetraron a discreción por nuestras narices.

Aparecimos en medio de nada, sobre la arena ardiente y acalorados, porque aún vestíamos del frío altiplano. Volteamos en todas las direcciones y nos topamos con una encrucijada, con una gran duda que pronto convertimos en rápida elección. Hacia la izquierda, un grupo nutrido de palapas parecía el destino lógico para nuestra morada. A la derecha, como a un difuso kilómetro, una enramada aislada nos hacía guiños de aventura más en solitario. No era fácil decidirnos. Descansamos el equipaje sobre la arena y,

como las maletas se veían tan cómodas, también hicimos lo propio con nuestros cuerpos desvelados y hambrientos. Metí las manos en la arena y las usé de palas para hurgar entre sus granos, como buscando algo. Podría haberme quedado ahí una eternidad y sólo hubiera encontrado arena.

¿Izquierda, derecha o empezar una nueva vida ahí mismo, en la intemperie? Nos miramos Óscar y yo y, como si no existiera otra posibilidad, lo decidimos a la suerte: una chaqueta *in situ* y para dónde el viento llevara nuestras descargas hacia allá emprenderíamos camino. Quiso la fortuna que a esa hora no hubiera nadie en la playa y que el trámite no demorara demasiado. La señal fue inequívoca: hacia la derecha, que no supimos que era el norte porque no tenía relevancia. Nos gustaba llevar la contraria y, si de seguro nuestros amigos nos esperaban hacia la —izquierda, en la zona más concurrida, nosotros iríamos hacia el otro lado. Lo cierto es que la decisión estaba tomada. Lo cierto que a veces se confunde con lo verdadero.

Teníamos 17, 18 o 19 años, algo así. A esa edad poco importan los números en vacaciones. Fuera del servicio militar que no pensábamos hacer, y de la universidad, a la cual ya iríamos, lo demás no importaba. Éramos un par de adolescentes en plenitud y como tal no le temíamos a nada. Ni a la muerte. No por inconsciencia, sino que en esa etapa de la vida la muerte no existe. En la infancia se le teme porque es algo que les puede pasar a nuestros papás; después de los cuarenta, como una posibilidad cada vez más cercana y molesta. En la juventud, en cambio, es algo impensable, aunque a veces se haga presente. Tal el caso de Sebastián, amigo de nuestra edad, que no sobrevivió la embestida de la camioneta manejada por un borracho que se pasó el semáforo a las dos de la mañana. O del papá de Óscar, que murió de un infarto años atrás. De ahí en fuera, no consi-

derábamos la posibilidad de morir: ni ahí ni en ninguna otra parte. No en esta vida, no señor. Ni en sueños perderíamos el tiempo en eso que llaman muerte.

No íbamos a morir, eso era seguro a menos que nos quedáramos ahí sentados para siempre, con la posibilidad de que el sol nos evanesciera o que la marea nos cubriera por la noche. Así que mejor nos paramos, cargamos el pesado equipaje e iniciamos la larga caminata bajo aquel sol sahariano. Era domingo, según nuestros cálculos astronómicos, y queríamos descansar, que para eso se viaja tanto. Incluso Dios reposó el séptimo día —lo que confirma que consideró la Creación como un trabajo y no un sueño—, y nos dejó descansar a todos de tanta creatividad.

Ahora tocaba la recreación, o sea, en el sentido de recreo y no de andar creyendo como locos. Un poco de sol, mar y feliz aislamiento era lo que buscábamos.

Emprendimos la fatigosa marcha atrás de un Moisés imperceptible. A mitad de camino detuve mi andar para quitarme la chamarra e interrumpir el silencio. Ahí mismo le compartí a Óscar un pequeño éxito.

—¡Tengo uno!

—¿Un qué?

—Un palíndroma —a eso jugábamos cuando no había de otra—: a valle ella va.

—Está bueno —respondió después de un largo rato de meditación que en la arena son como 30 metros—. Ahí te va otro: ella evade valle.

Y seguimos caminando por la arena virginal, sin rastros de pisadas ni de nada. Atravesamos de puntitas la barra por donde el mar conectaba con el estero y pronto llegamos al destino. En medio de la nada, entre el mar y la laguna, entre el océano y el continente, junto a un montículo que señalaba el final de Playa Paraíso, se erguían unos

cuantos palos, extraídos del manglar, que daban soporte a una rústica techumbre de paja.

No había posibilidad de regreso, el calor era excesivo. Así que nos decidimos a tomar posesión del sitio. Cual Cristóbal Colón, ya no nos importaba si era isla o continente, sólo queríamos evitar un motín a bordo de nuestra nave, es decir, de nuestros adoloridos cuerpos.

Preguntamos sobre la posibilidad de alojamiento y comida. La doña que nos atendió se portó amable y el precio nos pareció justo. Calculamos que podríamos pernoctar ahí durante una semana. La habitación consistía en un par de hamacas en medio de la enramada; las que quisiéramos entre las siete u ocho disponibles, y pescado como desayuno, comida y cena. Los refrescos y las cervezas eran aparte. Aceptamos las condiciones y quisimos pagar por adelantado, mas no fue necesario; que mejor luego.

Apoyamos nuestro equipaje contra alguna columna en forma de palo, suspiramos y rebuscamos nuestros trajes de baño. No había otros huéspedes, así que nos cambiamos ahí mismo.

Óscar, moreno aun antes de asolearse, parecía bongosero con aquel largo traje de baño. Yo, blanco por fuera, tirando a verde, me puse presto una camiseta más blanca y busqué una buena sombra para evitar cualquier molesto enrojecimiento. Abrimos una cuenta e hicimos lo mismo con dos cervezas. Tomamos reposo cada uno en su respectiva hamaca y procedimos a mirar el horizonte, que para eso está ahí.

—¡Tengo otro! Radio am ma odia —anuncié triunfante.

—Está complicado, pero vale.

Óscar podría haberse callado en ese momento, sin embargo, se puso intenso.

—Es chistoso que los poetas, éstos que hablan de libertad, matematicen las palabras. Eso de la métrica, como en

los sonetos, es una necesidad. Es como si buscáramos poesía en los números. Parece que nadie está satisfecho con las cosas como son.

Estuve a punto de contestarle, pero hacía calor y la doña nos informó que el almuerzo estaba listo. Era una señora de sonrisa franca y habitual, con una maraña de cabellos negros y resecos que le cubrían un cráneo voluminoso. Ella mantenía la organización de la enramada como sólo lo pueden hacer las mujeres nacidas para mandar, aunque sea de manera imperceptible. No quisimos contravenirla, así que mejor llegamos a la mesa y prometimos nadar después de comer.

MEDIODÍA

El menú consistía en pescado que hasta hace pocas horas era pez; frijoles, tortillas hechas a mano, salsa radiante y una Yoli para cada uno. Los cubiertos brillaban por su ausencia, lo cual nos obligó a desarrollar nuestras habilidades para trasladar la comida hasta la boca con la pura tortilla. La mesa era de madera y por sillas unas bancas largas cumplían con su función y nos mantenían a una distancia aceptable de los alimentos. La sombra corría a cargo de las palmas que fungían como techo de la enramada.

Disfrutábamos del descanso y, por el momento, de la protección divina. Éramos huéspedes de aquel lugar y nos sentíamos cobijados por esa gente. Vivíamos un feliz periodo de inconsciencia.

Los alimentos reanimaron la conversación. Conjeturamos que los amigos que debíamos ver estarían en el cúmulo de palapas al otro extremo de la playa. Que en la tarde iríamos a visitarlos para tomarnos su ron y robarnos sus mujeres.

—Duro con ellos y dura con ellas —le prometí a Óscar y sonreímos, repuestos por el aire marino y los alimentos.

La notoria ausencia de gente nos llevó a recordar que era 2 de julio y que era día de votaciones, de elegir presidente.

—Oiga —le preguntó Óscar a la doña—, qué, ¿ya fueron a votar?

—No, joven —contestó sin ocultar una gran sonrisa—, por acá no votamos, eso es cosa de los de allá, de los de tierra *pa* dentro. Acá no nos importa quién sea el presidente, por estos rumbos nunca se paran éstos. ¿Quieren café?

Asentimos y hablamos de nuestro olvidado deber cívico.

—¿Quién irá a ganar? —inquirí con inocencia.

—Pues, ¿quién crees? Miguel de la Madrid.

—¿El de la renovación moral? Chale, ése se ve bien mocho. Yo más bien estoy con Rosario Ibarra. La señora se ve seria y es comunista.

—Sí, lo chistoso del marxismo es que es cosa seria. Por eso por acá no votan. ¿Para qué? No necesitan mayor cosa y, mientras no los molesten, así seguirán. Con que tengan qué comer y sus familias estén tranquilas, no irán a votar ni cosa parecida. Imagino que tienen sus propias leyes que se habrán de cumplir tanto para los naturales como para los foráneos, y así viven tranquilos— reflexionó Óscar.

—Por ahora. Cuando quieran algo nuevo, algo que vean en la televisión, algo que los tiene y no lo tengan, en ese momento la necesidad de tenerlo los volverá locos. Más difícil que conocer las cosas es olvidarlas.

—Pues sí, pero por acá ni tele hay.

Ni televisión ni electricidad ni teléfono ni nada. El Paraíso, pues. Así era, aunque luego quién sabe.

Acabamos de comer, sopeamos unos cigarros en el café y retornamos a nuestras hamacas, a tirarnos y ver el mar.

—¿Y qué pasó con tu novia? ¿Tronaron? —pareció interesarse Óscar en mis asuntos o sólo quería platicar para perder el tiempo, aunque el tiempo no se pierde, siempre está ahí sin estar, pensé filosófico.

—La neta, no sé. Íbamos bien, pero no contentos con estar contentos entonces nos descontentamos. Luego me puso los cuernos con ese pendejo y me enojé. No sé, tal vez no debería haberme puesto celoso. Total, nadie le pertenece a nadie.

—No, estuvo bien. Si puedes evitar los celos, estás perdido. La onda es no volverse loco, no hacer pendejadas.

—Eso trato. Por eso estoy acá. Cuando me enteré, los quería matar. Me rompía la madre al pensar en los detalles y todo eso que, en realidad, no tiene importancia: siempre es lo mismo. Como animalitos, siempre es lo mismo. Así que no, no voy a matar a ese güey ni pienso matarme por ella. Quiero llegar a viejo con todos mis pelos, tal vez blancos, pero con la melena completa. Así que no, no me voy a volver loco por eso. Y la prueba es que aquí estoy, ¿o no?

—¿Cómo los apañaste?

—Eso fue lo gacho. Pinches maricones no fueron para dar la cara, para decírmelo. Se escondieron bastante tiempo. Pero uno sabe, no sé cómo, pero uno se las huele. En el fondo sabía que eso estaba por suceder. Lo más pinche es que aún veía al cabrón los sábados, en el futbol. Jugábamos, nos pasábamos la pelota, incluso nos abrazamos en un par de goles. Y el tipejo como si nada. Hasta le pregunté, ya pedos después del partido, delante de todos, si me estaba poniendo el cuerno y se hizo bien pendejo. ¿Cómo podía vivir el cabrón sabiendo que yo sabía? Mató la amistad, le valió madres.

—Pues, ya. Se acabó. A otra cosa. No te claves. Ya no pienses en ellos, no vale la pena obsesionarse. Ya vendrá otra.

—Ya sé, el problema es que aún la quiero. Lo extraño es que la extraño. El otro día estuve a punto de llamarla, de rendirme, pero desistí. Pensé que, pasado un tiempo, vendría llorando a pedirme perdón, pero no. Al final, ella no volvió y yo sí, porque no me había ido.

Acabé de presentar mis argumentos y parece que fueron suficientes. Óscar ya no respondió, cayó dormido y yo procedí, sin querer, a hacer lo mismo. Nos tapamos los rostros con los párpados para olvidar las tormentas pasadas y, sobre todo, las futuras.

El destino sólo nos alcanza cuando ya es demasiado tarde.

ATARDECER

De la siesta uno siempre despierta mejorado y así lo hicimos. Ya era hora de cenar y el pescado frito, frijoles, tortillas hechas a mano, salsa brillante y Yolis, esperaban sobre la mesa. Así nos lo avisó el olfato, el sentido que conecta al cerebro con el mundo.

Compartimos los alimentos con Víctor, un canadiense menonita en busca de su yo, que parece se le había escapado meses atrás. De eso no enteramos o medio comprendimos porque él hablaba inglés y nosotros no tanto. A veces lo intentaba en español y salía peor. Es uno de los problemas de la gente grande: no se les entiende. De chico uno quiere crecer, ser grande, y luego, de repente, llega la juventud, que es la etapa perfecta de la vida: el cuerpo está al cien por ciento y el cerebro casi no funciona. Después comienza el deterioro y uno tiene que inventarse muchas cosas para sobrellevar eso que denominan madurez. Pasamos la vida perdiendo oportunidades, por descuido o por ineptos. No pierdas el tiempo, te dicen los adultos. Y uno está seguro de

que si fuera posible perderlo, también lo sería encontrarlo. Dejamos muchas cosas sin hacer en el camino y, las que sí hicimos, tal vez no fueron la mejor opción. Si de jóvenes nos preguntamos con ilusión qué será de nuestras vidas, al pasar cierta edad nos amarga el pensar qué hicimos de ella. A nosotros, en realidad, no nos amargaba nada. Al menos no en ese momento. Éramos lo bastante ingenuos como para concebir un mundo justo o, al menos, caritativo. Al mismo tiempo, sabíamos que el egoísmo y la fuerza son los entes que rigen el mundo y que, para navegar por las aguas de la vida, una buena dosis de cinismo resulta indispensable. Aprendimos que triunfar no era tan importante; al menos, lo que la sociedad consideraba triunfar.

En esos momentos de la vida, de seguro sin saberlo, lo que nos importaba era la amistad: esa búsqueda de ternura fuera de la familia y ese medio defensa ante lo desconocido. Algo así.

Víctor, el canadiense, parecía un poco falto de amistad y con sobradas ganas de platicar. Que sabía trabajar la madera y que pensaba quedarse a vivir en México, aunque no en la playa, porque gozaba de su desorden y entropía. En resumen, que se quedaría porque en este país, a diferencia del suyo, se juega fútbol y no hockey sobre hielo, deporte que odiaba porque no alcanzaba a ver la pelota que ni siquiera era tal, sino un disco casi invisible a esas velocidades.

Parecía el niño bueno del salón y, como tal, no quedaba más que atosigarlo un poco.

—Es raro que no jueguen fútbol en Canadá puesto que son descendientes de ingleses. De hecho —arremetió Óscar—, gracias a ese jueguito colonizaron América. En los ratos libres que dejaba la puesta de vías de tren, nos tiraban una pelotita para que nos distrayéramos un poco ser sus esclavos.

—Por eso —proseguí la embestida—, en América inventamos el burla, el drible, para vengarnos de los patrones que eran unos troncos que sólo podían jugar en línea recta. Túneles, sombreritos y demás firuletes no son más que una forma de rebelión. Los ingleses nunca imaginaron el espacio de libertad que nos regalaron porque dentro de la cancha todos somos iguales y es un espacio infranqueable para los de afuera, es como un barco.

Víctor rio con nuestra explicación y mostró una sonrisa triste, solitaria. Tal vez, lo había abandonado su mujer o se había muerto su madre. No le preguntamos y no nos respondió. Tampoco supimos si estaba solo en esa playa. El aire que emanaba era como de orfandad total.

Llegó el café y sacamos los cigarros. Víctor no aceptó uno, que porque padecía de asma.

—Este lugar es el Paraíso —dijo como para alejar el incómodo tema del colonialismo—. Es chistoso porque los presidentes y líderes del mundo prometen que nos llevarán al Paraíso y aquí, en dónde no hay nadie al mando, vivimos en un edén.

Asentimos con un movimiento de cabeza universal. Víctor sacó un churro y lo prendió con nuestro encendedor.

—¿Y eso no le da asma? —preguntó Óscar entre preocupado y curioso.

No pudo responder porque se dedicó a toser un buen rato. En medio de los estertores alcanzó a pasarme el joint y fumamos un rato en paz. La pachequez tiene el don de romper esquemas y el canadiense empezó a verse más jovial.

Cuando recobró la respiración y el habla, lo primero que hizo fue pedir tres cervezas a la doña que justo pasaba por ahí. Ya con las botellas destapadas y en la mano, se largó con un profundo, aunque lento y poco comprensible, choro sobre la importancia del libro en la religión.

—Jeremías, aquel de la Carta a los cautivos, escribió un libro sobre los desastres que caerían sobre Jerusalén, pero el rey Joacim lo destruyó. Entonces, Jeremías escribió otro libro con todo lo que el anterior contenía más una fuerte condena a Joacim y su familia.

Entre la mota y las cervezas, quedamos cautivados y a Óscar no le quedó más que preguntar sobre la Carta de los cautivos.

—¡Ah!, esa carta. La mandó Jeremías a Nabucodonosor, rey de Babilonia que permitió el exilio de los judíos en su tierra. En ella, cuenta que Dios les promete que los llevará de regreso algún día a Jerusalén.

—Como cuando traen a Nervo desde Uruguay para enterrarlo en México —agregué para distender el ambiente.

Y lo logré. Víctor me miró, se paró, dejó el dinero correspondiente al pago de las cervezas y se despidió con cortesía. Fue la última vez que lo vimos y no del todo, tan sólo a su espalda.

—Eso de volver —trató de ordenar sus ideas Óscar— es como reencarnar.

—Algo así —agregué para cerrar la conversación porque la noche estaba encima—. Yo creo que he reencarnado varias veces, pero con la mala suerte de reencarnar siempre en mí mismo.

NOCHE

Acabamos las cervezas y nos unimos a la fogata que iluminaba la playa afuera de nuestra enramada. Ahí se habían reunido los hombres del lugar, pescadores que atrancaban sus lanchas en este puerto sin muelle que fungía como corazón y pulmón de la comunidad. No hubo necesidad de

PLAYA PARAÍSO,
EDITADO POR FICTICIA S. DE R. L. DE C. V. Y PRODUCIDO POR
LA DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES Y
FOMENTO EDITORIAL DE LA UNAM, SE TERMINÓ DE
IMPRIMIR EL 21 DE NOVIEMBRE DE 2020 EN LOS TALLERES DE
GRÁFICA PREMIER, S.A. DE C.V., UBICADOS EN 5 DE FEBRERO NÚM. 2309,
COLONIA SAN JERÓNIMO CHICAHUALCO,
C. P. 52170, METEPEC, ESTADO DE MÉXICO.
PARA SU COMPOSICIÓN SE UTILIZÓ TIPOGRAFÍA MINION DE
12,5 PUNTOS. EL TIRO CONSTA DE 1000 EJEMPLARES IMPRESOS EN OFFSET
EN PAPEL BOND AHUESADO DE 90 GRAMOS
Y FORROS EN CARTULINA SULEATADA DE 12 PUNTOS.